

Roma, 10-16 de enero de 2007

ENCUENTRO “AYUDA A COHERMANOS EN DIFICULTAD”

Homilia Eucaristía de Clausura

Martes, 16 de enero de 2007

Lecturas: Hb 6,10-12; Mc 2,23-28

Al preparar esta Eucaristía, me he hecho esta pregunta: ¿De qué manera, hoy, la Palabra de Dios, que nos ha transmitido la Iglesia, nos ilumina cuando nos disponemos a clausurar este taller sobre cómo ayudar a nuestros cohermanos en situaciones difíciles? En el corazón del Evangelio, Marcos nos presenta, en el capítulo dos, la controversia sobre el sábado. El sábado es una cosa buena en sí misma. Los líderes del pueblo de Dios, inspirados por la gracia de Dios, querían estar seguros de que la gente aprovecharía la oportunidad para dejar el activismo de sus vidas y centrarse en lo más importante: Él, que es la fuente de la vida y la energía. Para evitar las circunstancias en las que las vidas de las personas son tan activas, el sábado se instituyó como ese día de descanso, como el tiempo en el que nos centramos en aquel que es el manantial de nuestro mismo ser. Es un día para agradecer a nuestro Creador la posibilidad de participar en su verdadero plan de creación. Es esa oportunidad, a través de la gracia de Dios, para ser nosotros recreados.

Sin embargo, con el paso del tiempo, el verdadero significado del sábado comenzó a oscurecerse por los instintos fundamentalistas humanos de aferrarse a la ley. En vez de ser el sábado una ley de Dios que nos ayuda a conocerle y amarle más profundamente descansando en su presencia, el enfoque estuvo más en cumplir meramente la ley y en las acciones penales contra aquellos que no la cumplían. En otras palabras, la finalidad de la ley perdió su significado.

Estos días, también nosotros nos hemos centrado bastante en la ley, la ley universal de la Iglesia y nuestra ley particular con relación a los cohermanos en situaciones difíciles. Una de las cosas que me ha impresionado durante la semana, en la documentación que recibimos, en las presentaciones que nos han entregado distintos expertos en la materia, así como en nuestras reflexiones personales y el diálogo entre nosotros, ha sido el recuerdo permanente de que tenemos que mantener una actitud clara en ayudar a nuestros hermanos en

situaciones difíciles. ¿Cuántas veces nos han pedido ser compasivos y pacientes con aquellos que por una razón u otra se apartan de vivir de manera auténtica nuestra vocación Vicenciana?

Sabemos que muchas veces la tentación es seguir estrictamente la ley y quizás, a veces no somos capaces de ver más allá de la ley y su finalidad al ayudar a uno a realizar un cambio y una conversión en su propia vida. Desde el mismo comienzo, en la preparación de este taller, la preocupación de todos los que han participado en su desarrollo fue no solamente aprender a tratar estas situaciones legales que muchas veces nos confrontan, cuando los cohermanos, por una u otra razón, se han alejado, sino también cómo evitar estas, por así decir, trampas, que a veces asume el cohermano así como la comunidad a lo largo de caminos penosos y torcidos.

Una esperanza ha sido que nosotros hayamos podido debatir cómo prevenir estas situaciones para que no ocurran, y también cómo ayudar a responder a un cohermano a ese primer fervor que todos nosotros teníamos y que llenó nuestros corazones con un deseo de seguir a Jesús evangelizando y sirviendo a los pobres. Jesús es el Hijo de Dios. Él es Señor del Sábado. Por él y en él tenemos la experiencia del amor divino y es a través de nuestra intimidad con Jesús como tenemos la capacidad de amar a Dios con su propio corazón y así ser capaces de amar a los otros con el corazón de Dios, como el Padre Cencini compartió con nosotros en su charla sobre “Madurez humana y Vida Consagrada”.

Al tender la mano a los cohermanos en dificultad, nuestra esperanza es ayudarles a recuperar su capacidad de amar de un modo auténtico y libre. Muchas veces, para recuperarle nuestro cohermano, necesita ser reeducado, lo que puede significar acatamiento de las normas y reglas que son una ayuda para disciplinarnos y recuperar nuestro primer fervor, encender en nosotros aquella atracción hacia aquellos que con frecuencia pueden ser los menos amables, nuestros hermanos y hermanas que están marginados y excluidos. Muchas veces nuestros cohermanos, que han experimentado situaciones difíciles, siendo ellos mismos difíciles, pueden incluso parecerse los menos adorables. Como hemos reflexionado estos días cómo san Francisco besó al leproso, también nosotros, como miembros de la Congregación de la Misión, tenemos esa llamada de tender la mano a todos y cada uno de nuestros hermanos. Son los leprosos que estamos llamados a besar.

Al celebrar esta Eucaristía de Acción de Gracias, pido que Jesús nos dé siempre la capacidad de reflejar su amor a los otros y que él pueda capacitarnos para acoger las gracias que hemos recibido esta semana para asistir a nuestros cohermanos que se encuentran en situaciones difíciles.

Quizás algunos no se encuentran a gusto con el título que hemos dado a este taller. Con frecuencia he oído decir que tenemos que buscar otro título. Sin embargo, pienso que refleja la realidad que vivimos. Esto se evidenció en la conferencia de apertura del P. José María Nieto y las estadísticas que representan las personas reales que, en un caso u otro, se comprometieron a seguir a Jesucristo durante toda su vida en la Congregación de la Misión y que, por una u otra causa, perdieron de vista esa llamada. Esta es nuestra realidad. Estamos llamados, como hermanos, a afrontar estas situaciones de la manera que mejor refleje lo que somos y que san Vicente nos invita a ser: Hermanos que se aman mutuamente.

Aquellos en “dificultad”, por así decir, son una porción insignificante de la pequeña Compañía, entre los 3.500 de los incorporados. Muchos cohermanos están “de gira” y dan un buen ejemplo y ánimo al vivir nuestra vocación de evangelizar a los pobres. Juntos podemos apoyar a los que se sienten más débiles. Que nuestra fortaleza venga de nuestra unidad en la Eucaristía que compartimos.



G. Gregory Gay, C.M.
Superior General